

# Las fuerzas sociales frente a la desigualdad

Por el Prof. Harry HOEFNAGELS  
Profesor de Sociología en las  
Universidades de Nimega y Amberes

**«El profesor de universidad hubiera probablemente ganado hoy menos que un minero o un barrendero, lo que me parece normal en una sociedad de iguales.»**

Solicitado para que presente una comunicación que trate, desde el punto de vista sociológico, de las fuerzas que obran en contra de la desigualdad, no he conseguido cumplir con el encargo que se me había señalado en el plan del coloquio. Me ha sido imposible doblegarme al razonamiento base del reparto de la materia por tratar. La forma cómo es abordada la materia me situó, bajo dos puntos de vista, ante dificultades insuperables.

En primer lugar, tengo mis dudas serias sobre si se ha de considerar a la igualdad como un fin que se haya de buscar por sí mismo. Es cierto, y me parece evidente, que hay que atacar ciertas formas de desigualdad. Pero ¿es preciso considerar como condenables todas las desigualdades que encontramos en la vida social? Lo dudo. En primer término, hay desigualdades que se dan con la naturaleza humana—pensemos tan sólo en la desigualdad entre adultos y niños, entre el que enseña y el que aprende—. Es preciso también caer en la cuenta de que la desigualdad es consecuencia de la suerte y oportunidades que encuentran los talentos para su desarrollo: no pueden suprimirse si no queremos empobrecer la vida social. En fin, no estoy completamente seguro de que un exceso de preocupación por la igualdad contribuya a hacer la vida social humanamente más satisfactoria. Temo más bien que esta preocupación, si no es moderada por otros motivos, comprometa el ideal de la buena vida social.

Hay otra razón por la que no veo la posibilidad de someterme al plan elaborado para poner orden en la discusión: la concepción al uso de la división del trabajo entre las diferentes disciplinas

H. HOEFNAGELS

científicas, de la que es buen testimonio esta de la sociología, es inaceptable para mí. Por otra parte, no veo, cómo la filosofía y la teología podrían ayudarnos de una manera sustancial para solucionar los problemas sociales creados por la vida en sociedad. Yo concibo el papel de la sociología de tal manera que implique la reflexión sobre los problemas sociales y la búsqueda de su solución. El sociólogo debe esforzarse por precisar el problema que crea a la vida social la necesidad de realizar o conseguir cierta igualdad entre seres desiguales. Debe también examinar la realidad social a fin de ver con qué fuerzas contar para solucionar el problema. Tendrán, por fin, que valorar en qué medida ciertas tendencias son aptas, de hecho, para promover, sí o no, una vida social que satisfaga humanamente.

He hecho un esfuerzo por responder a la pregunta siguiente de la que, siguiendo el programa, debería tratar esta comunicación: cuáles son las fuerzas sociales que en nuestra sociedad trabajan contra la desigualdad. Pero no me he preocupado de los mecanismos compensadores en materia de desigualdad. Esta cuestión me parece que es de poco interés, porque creo razonablemente y sospecho que la dinámica de las relaciones de fuerza nos conduce a un callejón sin salida. He intentado más bien ver si se puede uno fiar de las tendencias que operan en nuestra sociedad. Incluso me he tomado la libertad, después de haber comprobado que las perspectivas son poco seguras, de entablar la cuestión que me parece fundamental para este coloquio: de qué manera se ha de abordar el tema de la igualdad y de la desigualdad, a fin de formular correctamente el problema social que él suscita. Si obrando de esta manera, no acierto a cumplir con el trabajo que se me ha confiado, espero que, al menos, esta comunicación pueda suscitar una reflexión en profundidad sobre el problema.

#### **Fuerzas que en nuestra sociedad trabajan en contra de la desigualdad**

Nuestras sociedades presentan durante el tercer cuarto de siglo que acaba de terminar, una tendencia muy marcada a la nivelación de las rentas, a la ampliación del acceso a la enseñanza superior, a una participación menos desigual en los beneficios de la vida colectiva. Esta va, sin duda, ligada al crecimiento económico y aun es, en algún sentido, una consecuencia necesaria de la producción en masa. Mas es también el efecto de unas fuerzas que, operando en la sociedad contemporánea, tienden a disminuir la desigualdad. La reducción de la desigualdad en el reparto de las rentas, de las posibilidades de instruirse, de oportunidades en la vida, forman parte del movimiento social en su forma moderna. Se la considera a menudo como la vía que debe conducir a la reforma estructural de la sociedad. Por eso se encuentra formulada, en el programa de organizaciones sindicales y movimientos socialistas,

como reivindicación fundamental, la reducción de las desigualdades de las rentas, de la instrucción y del poder.

¿Cuáles son las fuerzas que operan dentro de ese movimiento en busca de mayor igualdad? Examinando el desarrollo social efectuado después de la segunda guerra mundial, se echa de ver que existe una fuerza decisiva y es la presión tanto política como económica que el mundo obrero es capaz de ejercer. En la negociación de las condiciones de trabajo, el sindicalismo deja sentir su peso. En el juego de las fuerzas del que resulta el equilibrio político, son los partidos de izquierda los que dejan sentir su influencia, mientras que el gobierno, cualquiera que sea su color, se ve obligado a contar con las reacciones populares. La fuerza que hoy trabaja de una manera preponderante en contra de la desigualdad es, sin duda, la que resulta de la necesidad que tiene la sociedad de evitar el que la clase obrera deje de ser cooperativa.

No podemos quedarnos en eso; sino que hemos de examinar los factores a los que hay que atribuir el peso adquirido por la presión de la clase obrera. Hay que darse cuenta, por otra parte, de que este cambio presenta una disminución de las desigualdades: ha cambiado la relación de las fuerzas.

Comencemos viendo lo que el pasado nos enseña acerca de la evolución del equilibrio de las fuerzas sociales y políticas. ¿Qué es lo que se puede comprobar en la historia social? Que dos factores son responsables del desarrollo de la fuerza obrera; son sencillamente «la fuerza moral» y «la fuerza material».

La primera es la fuerza moral de la reivindicación obrera por una participación total en las riquezas, producto del trabajo social, y por un trato en consonancia con la dignidad humana. Obra por el hecho mismo de que pone en duda la legitimidad de la desigualdad existente, hace precarias las desigualdades que no son justificables, quita a los privilegiados la «buena conciencia» que es necesaria para defenderlas con todos sus medios. Por el contrario, ganan terreno las relaciones más igualitarias.

Como fuerza material señalamos la fuerza de presión que resulta del hecho de que la cooperación de masas es indispensable para el funcionamiento de nuestro sistema socioeconómico. Es un factor que siempre ha tenido su importancia en la Historia, pero es tan sólo en los últimos tiempos cuando ha tomado su decisiva importancia actual. Es característico de esta evolución el hecho de que hoy día los políticos y los industriales se ven forzados a evitar, a cualquier precio, el que el clima social se perturbe.

Siempre se ha tenido en cuenta el que la política social debe permanecer en los límites de las posibilidades económicas; hoy

H. HOEFNAGELS

se descubre que la política económica se halla en la necesidad de limitarse a lo que es «socialmente hacedero».

¿Cómo explicar que la presión que puede ejercer la población obrera, gracias a su carácter indispensable para el funcionamiento del sistema socio-económico, haya llegado a ser en nuestros días un elemento decisivo en la «contestación» social? La causa hay que buscarla en la evolución de la economía, la cual hace que la industria sea más dependiente cada día de la fuerza obrera.

Siempre ha existido en el pasado un lazo de unión estrecho entre la «fuerza materialista» del movimiento obrero y la «fuerza moral» de sus reivindicaciones sociales. Mientras la presión capaz de lanzar un movimiento obrero fue mínima, su llamamiento a la justicia social no tuvo efecto apreciable, situación que cambia cuando la agitación obrera se constituye en amenaza para el buen funcionamiento de la vida social. A medida que va creciendo la fuerza del movimiento obrero, la sociedad se hace más sensible a las protestas contra los abusos del trabajo y contra las situaciones injustas. Así, el motivo social acaba por ser un elemento capital en la vida social y política.

Lo que parece característico de la situación actual es que ha pasado el tiempo en que la fuerza material reforzó la fuerza moral. Desde los años sesenta, época de expansión económica rápida y que absorbió todas las reservas de mano de obra, la reivindicación de justicia social desempeña un papel cada vez menos importante. De una actividad para promover relaciones conformes a la justicia social, la política social se convierte en una actividad destinada a prevenir el que la tensión social no se convierta en peligrosa para el funcionamiento del sistema económico social.

El movimiento obrero parece que progresivamente se va convirtiendo en una empresa que busca el vender al mayor precio posible el bien indispensable a la economía nacional, bien que él controla y que no es otro que la paz social. Para los empresarios, las concesiones sociales son una cuestión de cálculo económico: se hacen en tanto en cuanto los costes del descontento social que pueden perturbar la buena marcha de la empresa, sean más elevados.

Para darse cuenta de la situación a la que se ha llegado como consecuencia de la evolución reciente, no hay más que examinar los periódicos para ver en qué sentido se emplean ahora los términos «consideraciones sociales», «movimiento social», «exigencia social», «motivación social». No es ya la formulación de un punto de vista ético en oposición al punto de vista de la pura y simple fuerza; se trata más bien de una cosa muy prosaica, a saber, que hay que recordar las tensiones sociales que amenazan la buena marcha de las empresas si no se presta atención.

Esta evolución va acompañada de un fenómeno que hay que señalar en nuestro contexto y es que, al mismo tiempo que se rechaza el motivo de la justicia social hacia el margen de la contestación social, se hace más vigorosa la preocupación por las desigualdades. No hay que olvidar que este asunto no ha tenido en el pasado sino un papel bastante insignificante. Por lo mismo, el movimiento obrero no pretendía la instauración de un orden social nuevo; se inspiró sobre todo en la idea de asegurar a los trabajadores un estatuto de ciudadano integral. Es verdad que esta idea incluía una cierta igualdad que era de un género distinto al que ocupa hoy día los espíritus. Se pretendían conseguir unas relaciones sociales en las que el trabajador no se considerase ya como inferior, sino que fuese reconocido igual a los representantes de otras capas sociales, capaz de hacer valer sus derechos como todos los demás.

Vale la pena que dediquemos alguna atención al hecho de que las ideas igualitarias han pasado al primer plano justamente cuando la aspiración a una sociedad más justa abandona la escena social y el papel que en ella desempeñaba.

¿Se trata de una coincidencia?

#### **Perspectivas de futuro**

A fin de calibrar las fuerzas que en nuestra sociedad trabajan en contra de las desigualdades, debemos examinar las perspectivas de futuro que presentan para su actuación. Este examen debe recaer no sólo sobre las oportunidades de ver prolongarse la tendencia actual hacia la reducción de las desigualdades, sino también sobre el alcance social ya obtenido. ¿Se ha llegado a atacar de una manera fundamental la desigualdad, sí o no?

Si examinamos de una manera global el resultado social de la evolución, nos damos cuenta de que, desde el punto de vista de la desigualdad aquel es ambiguo. Por una parte se comprueba la desaparición de cierta desigualdad fundamental: los trabajadores no son, como en el pasado, ciudadanos de segundo orden; se les reconoce como de pleno derecho en la sociedad; cuentan en la vida social. Por otra, no se puede afirmar que la sociedad no esté dividida en clases sociales privilegiadas y no privilegiadas. Existen siempre ambientes sociales caracterizados por niveles de vida muy diferenciados. En nuestros días todavía, la vida de la masa popular está separada por un abismo de la de las clases superiores. Si prescindimos de la clase media, resulta fácil poner en evidencia la desigualdad muy acentuada de las condiciones de vida de los dos ambientes sociales. Se trata, de un lado, de gentes que habitan en un hotel en los barrios residenciales o en una villa en alguna de las zonas verdes de la ciudad; que, corren, como conviene a

#### H. HOEFNAGELS

gente de su clase, a gran velocidad en un coche de gran categoría, que pasan sus vacaciones en hoteles de gran lujo y que, en caso de enfermedad, son atendidos en clínicas particulares; que toman parte en la vida mundana y que se acomodan muy bien al mundo de las bellas artes.

Por otro lado está la masa de gentes que habitan en apartamentos baratos en un barrio popular o en una ciudad dormitorio, que pasan sus vacaciones haciendo camping o en «caravanas», que reciben en los hospitales públicos una asistencia médica estandarizada, que son destinatarios de lo que se llama cultura de masas y de juegos que nuestra sociedad no produce menos que la Roma antigua.

No deja de ser curioso el comprobar que los esfuerzos hechos para remediar la desigualdad no tienen por objeto esta desigualdad fundamental que perpetúa, en las condiciones de la sociedad moderna, la separación de los estados del antiguo régimen. Es, sin embargo, una desigualdad en flagrante contradicción con los valores proclamados por la sociedad moderna.

El progreso social es igualmente ambiguo desde otro punto de vista. No hay ya, como antiguamente, ambientes sociales en los que sus miembros estaban condenados a ejercer trabajos duros y mugrientos por un mínimo salario. La población autóctona obrera dispone hoy de cierta libertad para escoger su tarea profesional; ya no se ve obligada a servir como los esclavos en la sociedad antigua. Esta evolución no carece de inconvenientes, pues el trabajo despreciable que el trabajador autóctono no se ve ya forzado a realizar, se deja a trabajadores extranjeros importados a millones de países pobres.

No toco el problema muy serio de la mano de obra extranjera. Quiero llamar la atención sobre la desigualdad en la apreciación de las diferentes clases de trabajos, que deben realizarse para asegurar el bienestar. Esta apreciación lleva consigo el que ciertas gentes se consideren demasiado elevadas para algunos trabajos, las cuales tiene derecho a esperar que otros los hagan por ellos.

Lo que llama la atención cuando se reflexiona sobre este hecho es que nuestra manera de remunerar el trabajo se funda en consideraciones fundamentalmente desiguales. La remuneración no es, como sería el caso de una división del trabajo social entre iguales, proporcionada al servicio prestado a sus conciudadanos, al tomar sobre sí tal o cual empleo. Por regla general se paga bien un empleo agradable y mal por tareas ingratas.

El interés de esta observación se hace claro cuando se piensa un momento sobre esta cuestión: ¿Cuál sería el reparto de los in-

gresos si el trabajo ingrato lo realizase un francés, un belga o un holandés lo que, sin embargo, sería la situación normal? Al aceptar la mano de obra extranjera, hemos perdido la ocasión de desarrollar un reparto de los ingresos conforme a las exigencias de una sociedad de iguales. Si no se hubiese dado entrada a esa mano de obra extranjera, nos hubiéramos visto obligados a compensar de tal manera a los que aceptan el realizar las tareas más ingratas que hubiera un número suficiente de ciudadanos dispuestos a ese trabajo. El profesor de universidad hubiera probablemente ganado hoy menos que un minero o un barrendero, lo que me parece normal en una sociedad de iguales.

Para apreciar correctamente las perspectivas de continuación de las tendencias igualitarias de nuestra sociedad hay que reconocer que el progreso social en el tercer cuarto del siglo XX se ha visto favorecido por el crecimiento rápido y continuo de la producción, lo que ha hecho posible la elevación del nivel de vida en general. ¿Podremos contar con que el crecimiento económico continúe cuando se haya vencido la depresión económica actual? Poderosas razones nos inclinan a dudar. Aun en la hipótesis de que las previsiones del Club de Roma sean muy pesimistas, hay que prever que tendremos que pagar precios cada día más altos por nuestra energía y por las materias primas de las que tenemos necesidad, que los costos por la protección del medio ambiente se alzarán sensiblemente y que nos veremos obligados a ayudar al tercer mundo en forma que se le abran perspectivas reales de desarrollo.

En el caso de una congelación del nivel medio de vida, la reducción de las desigualdades no podrá realizarse por los medios empleados hasta ahora. Ya no será posible mejorar las condiciones de vida de los menos privilegiados sin tocar a la situación de los acomodados.

Si insisto en este cambio es porque me lleva a hacer una pregunta que podría hacernos pensar sobre las desigualdades. El aumento del nivel de vida que ha conducido a cierta reducción de las desigualdades ¿no se ha obtenido por medios de los que no podemos sentirnos orgullosos? La explotación sin miramiento de las riquezas naturales, el llenar de desechos el suelo circundante, el exigir por precios irrisorios las materias primas del tercer mundo, el dejar que trabajen por nosotros obreros extranjeros por un salario que no aceptan nuestros propios trabajadores.

La continua tendencia de los últimos decenios se ve comprometida de una manera mucho más seria por una circunstancia que manifiesta de hecho que nuestras sociedades se hacen cada vez más ingobernables. ¿Qué queda claro aquí? El hecho de que las reivindicaciones sociales, que no pueden ignorarse si se quiere no comprometer la marcha de la sociedad, son cada vez más irrecon-

H. HOEFNAGELS

ciliables con el buen funcionamiento de la economía. Gobernar se ha convertido en un esfuerzo de ininterrumpida acrobacia para poder conciliar las exigencias del clima social y del clima de la inversión. Es la permanente **gestión de la crisis** que no permite tomar en serio lo que a largo plazo se impone bajo el punto de vista del bien común. Nuestras sociedades totalmente impotentes frente a problemas con los que nos enfrentan los límites del crecimiento. En el análisis de las fuerzas sociales que van en contra de las desigualdades, no se puede ignorar la incapacidad de nuestras sociedades para arreglar su vida conforme a las exigencias del bien común. Está, en efecto, en relación con la manera cómo se ataca el problema de las desigualdades en nuestras sociedades.

La incapacidad de la colectividad se debe al hecho de que la fuerza que puede ejercer hoy el movimiento obrero tiende a equilibrar la presión mediante la cual el capital ha acertado siempre a asegurar su rendimiento. Es la dialéctica del poder que provoca el desarrollo de un antipoder. Cuando este último se haya desarrollado plenamente se habrá llegado a una situación de ahogo: la ausencia de todo poder de decisión desemboca en el callejón sin salida de la incapacidad colectiva.

¿Qué conclusión sacar de esta consideración para la fuerza principal operante en contra de la desigualdad en nuestra sociedad? La situación de incapacidad colectiva se ve atacada por su propio desarrollo, es decir, que la presión obrera acaba destruyendo la eficacia de su operación. La preocupación por la igualdad no tiene perspectivas mientras no vaya acompañada de la solidaridad que se impone con vistas al interés común de largo alcance.

Hay que plantear el problema de otra forma cuando se considera la desigualdad en la perspectiva de la solidaridad que hoy se requiere para asegurar un porvenir a nuestra civilización. Habrá que preguntarse por el género de desigualdad que hace imposible en nuestra sociedad la preocupación por el bien común. La cuestión de la desigualdad no será ya cuantitativa sino cualitativa. No se podrá prescindir de los fundamentos de nuestra sociedad. Nos veremos obligados a preguntarnos si el sistema capitalista no hace **a priori** imposible la igualdad de seres solidarios y la solidaridad de seres que se reconocen como iguales los unos a los otros.

### **El problema teórico de la igualdad**

El problema que ofrezco en esta comunicación habrá hecho sentir las dificultades contra las que choca cuando se esfuerza uno por situar el problema social de la desigualdad de una manera correcta y objetiva. Habremos caído en la cuenta de la necesidad que tenemos hoy de una teoría adecuada de la igualdad que hay que conseguir en la vida social. La sociología todavía no lo ha conse-

guido. Por mi parte, hace años que me esfuerzo en vano por llegar a un punto de vista que me deje ver claro, lo que no puede ser una excusa para hurtar el cuerpo al desafío del problema teórico. Por eso, voy en esta última parte de mi disertación, a presentar algunas reflexiones que puedan ser útiles como orientación para una discusión en profundidad.

Comencemos por precisar las observaciones hechas en mi introducción acerca de la igualdad como ideal social.

Ya la misma constitución biológica del hombre hace imposible el estrechamiento de relaciones puramente igualitarias. El hombre viene a este mundo como un ser que no puede existir sino ayudado por sus congéneres; y al final de sus días, se ve normalmente incapaz de cuidarse a sí mismo. ¿Qué consecuencias de todo esto en relación a la igualdad? Pues, sencillamente, que no puede obtenerse sino entre seres desiguales. La misma conclusión se impone cuando se tiene en cuenta que el hombre no puede desarrollarse como ser humano más que en un medio social concreto. Según se forme parte de un medio reducido o amplio, el hombre será de miras estrechas o anchas, lo que lleva consigo oportunidades diversas de desarrollo.

Si miramos, por fin, un último aspecto de la desigualdad «natural», la distribución de los talentos complica el problema, porque habrá que preguntarse cómo la igualdad que se busca ha de concebirse para que los talentos puedan ser utilizados para el enriquecimiento de la colectividad. A fin de concretar el problema cito lo que con gusto hago en los cursos a mis alumnos: «si hay entre vosotros alguno que tenga el talento de un Mozart, de un Shakespeare o de un Hegel hay que darle todas las facilidades de formarse para bien de la Humanidad, que saldrá ganando para muchos siglos».

Un punto de partida para una reflexión crítica sobre los ideales igualitarios puede ser el recuerdo de sus orígenes. Estos, no hay por qué insistir, deben buscarse en la idea del siglo XVIII sobre la sociedad organizada según las reglas de la razón que, triunfantes en la revolución, han llegado a ser las ideas básicas en la moderna sociedad. La experiencia de la historia del siglo pasado nos ha enseñado que la formulación del principio de la igualdad no era en absoluto una garantía para la formación de una sociedad igualitaria. Por el contrario, la sociedad burguesa que debería abolir la desigualdad, se inclinaba a construir formas de desigualdad mayores y más crueles que en el pasado.

Las desigualdades de la sociedad liberal ¿puede decirse, como se asegura con frecuencia, que son el resultado de una preocupación excesiva de libertad? Me siento propenso a buscar la explicación en el carácter mismo de la igualdad que se proclama. Según

H. HOEFNAGELS

mi criterio, es profundamente antisocial. De ella podemos decir lo que dijo Marx en «Zur Judenfrage» acerca de los derechos del hombre en la sociedad nacida de la revolución. Se trata, en efecto, de una igualdad que dispensa de toda responsabilidad social. Prescinde de las implicaciones de la relación de reconocimiento mutuo que deben realizarse para que el hombre encuentre su semejante en su congénere. La igualdad no se concibió como algo que deben realizar los hombres en contacto el uno con el otro, sino como algo dado por la Naturaleza. Suponiendo que todos los hombres nacen iguales, queda la libertad de dejar al otro, en la relación al otro, el cuidado de velar por sus propios intereses. Toda negociación es, por definición, negociación entre iguales.

La igualdad social por mí señalada no puede ser sino una igualdad entre seres desiguales que será, por tanto, el efecto de un esfuerzo: habrá que crear relaciones conformes con las exigencias de relación entre seres que mutuamente se reconocen como semejantes el uno al otro.

Esta es una igualdad realizable entre hombres desiguales que, además, deja el camino abierto al desenvolvimiento de todos los talentos susceptibles de enriquecer la vida colectiva. Es una igualdad que lleva implícita la solidaridad: el enriquecimiento del uno es enriquecimiento para todos, porque enriquece la vida social de la que participan todos.

Tales reflexiones no pueden menos de tener consecuencias sobre el ideal de la vida moderna, expresada en la fórmula «libertad, igualdad, fraternidad». Nos obligan a revisar las ideas que nos habíamos formado. Me contento con una sugestión para una síntesis, que ella sólo, según creo, es susceptible de conciliar lo que con frecuencia parece contradictorio. Ya se darán cuenta de que sustituyo la palabra fraternidad por la de solidaridad.

La **libertad**, según mi sugestión, para conciliarse con la solidaridad, debe concebirse como ligada al respeto del otro como semejante y por la corresponsabilidad del bien común. La **igualdad**, para ser igualdad entre seres libres y solidarios, hay que considerarla como la expresión de una relación en la cual los hombres, participando en la misma vida social, se reconocen mutuamente como semejantes. La **solidaridad**, para ser la que debe existir entre seres libres e iguales, ha de consistir en la orientación sobre lo que, en el diálogo de seres libres, se manifiesta como bien común.

Estas consideraciones pueden parecer que nos han conducido lejos de la materia que teníamos que tratar. Una observación, con la que quiero terminar, hará ver que no es así. Cuando me interrogo sobre las fuerzas con las cuales podemos contar para la creación de una sociedad más igualitaria, tropiezo con un factor decisivo: el momento histórico que vivimos constituye un impera-

tivo categórico para la construcción de otra sociedad, diferente de la que vivimos. No hay modo, en la situación que se perfila en el momento en que tocamos «los límites del crecimiento», de asegurar un porvenir humano, si no llegamos a la solidaridad que permita someter los intereses particulares a las exigencias del bien común. Ahora bien; es algo impensable esta solidaridad en una sociedad que para la masa de los individuos no es su sociedad. Ello supone una sociedad que no sea una sociedad alienada, sino una sociedad lazo de unión de los «socii», de los miembros que la componen.

Frente a los peligros que comprometen nuestro porvenir no tenemos otra elección que la de crear una sociedad de iguales. No cabe duda de que la igualdad que ahora se persigue es de un carácter distinto del que preocupa hoy a los espíritus. Es, a la vez menos igualadora y más fundamental.